



El guateque de los muertos

Colin Cotterill

AMOK
EDICIONES

El guateque de los muertos
Serie *Doctor Siri Paiboun* - Tomo 3

Título original: *Disco for the Departed*

© 2008, Colin Cotterill

publicado de acuerdo con el autor por BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, New York, U.S.A.

ALL RIGHTS RESERVED

AMOK Ediciones

comunicacion@amokediciones.es

© AMOK Ediciones para esta primera edición en España, septiembre de 2023

© 2023, Francisco González López, por la traducción

© 2023, Agustín Ferrer Casas, por la ilustración de cubierta

Natalia Martínez, por la maquetación

Dirección creativa y de arte de la colección:

Madre, Espacio de Contenidos Creativos.

www.madrenohaymasqueuna.com

Diseño gráfico de este título:

Milos Kalvín para TheWhiteRoomLab

ISBN: 978-84-19211-13-2

Depósito legal: M-26286-2023

Impreso por Leitzaran Grafikak

Impreso en España — Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A Siri y a Soum, quienes, a pesar de todos los reveses,
han conseguido salir adelante y ahora tienen dos hermosas hijas.*

A Poki y a Panoy de Loong C.

FORMULARIO A223-79Q

PARA: Juez Haeng Sombou
A/A: Departamento de Justicia,
República Democrática Popular Lao
DE: Dr. Siri Paiboun
REF: Forense nacional
FECHA: 13/6/1976

CURRICULUM VITAE:

- 1904 Año arriba, año abajo (los años no tenían límites tan claros por aquel entonces). Nacido en la provincia de Salavan, de padres supuestamente *hmong*. No lo recuerdo.
- 1908 Me llevan a vivir con una tía malvada.
- 1914 Me dejan en un templo de Savanaketh a merced del Gran Maestro Buda.
- 1920 Termino el instituto. Notas mediocres.
- 1921 La inversión de Buda da sus frutos: gracias a una rica y generosa mecenas francesa me voy a París. Los franceses me hacen repetir el instituto para asegurarse de que mi aprobado no fue de chorra.
- 1928 Ingreso en la Facultad de Medicina de Ancienne.
- 1931 Conozco a Bouasawan y me caso con ella. Me afilio al Partido Comunista por diversión.
- 1934 Comienzo una residencia en el hospital Hôtel-Dieu. Decido que, después de todo, me gusta eso de ser médico.
- 1939 Regreso a Laos.
- 1940 Paso el rato en las junglas de Laos y Vietnam. Recompongo a soldados despedazados y trato de evitar bombas.
- 1975 Vuelvo a Vientián con la esperanza de jubilarme en paz.
- 1976 El Partido me secuestra y me nombran forense nacional. (A menudo lloro por el gran honor que me ha sido concedido).

Sinceramente,

DR. SIRI PAIBOUN

Casa de Huéspedes n.º 1
Bolsas con etiquetas rojas
Un comedor sin comida
El hombre de hormigón
Imbécil a la fuga
La intérprete
El valle de los muertos
Divina impotencia
La verruguita
El traje de Elvis
Una proposición muy decente
Detrás del armario de teca
El pequeño Peugeot azul
La señora Chiflada regresa a su hogar
Orgullo laosiano
Un negro muy blanco
La autopsia de la Orquídea Rosa
Amistad, cooperación y dengue
Cuando todo lo que creías saber resulta que era falso
Piruetas en zapatillas de deporte
Ojo con el vengador de níveos cabellos

Casa de Huéspedes n.º 1

El doctor Siri estaba tumbado bajo la mugrienta mosquitera observando cómo la lagartija intentaba realizar la misma acción por tercera vez. En los dos intentos anteriores, la pequeña criatura gris había trepado por la pared y se había aventurado a cruzar el techo. En ambas ocasiones había ocurrido lo impensable: el animal había perdido la sujeción y se había precipitado sobre el suelo de cemento de la casa de huéspedes. En el mundo reptiliano, este hecho sería comparable a que un hombre se despegase de repente del suelo y cayese de boca en el techo. Siri pudo apreciar la confusión en la arrugada carita del animal. La lagartija echó un vistazo a su alrededor tratando de orientarse y se dirigió de nuevo a la pared.

Hacía más de un mes que el doctor Siri Paiboun, forense nacional, había empezado a preguntarse si su nueva encarnación podría alterar de algún modo las leyes naturales del comportamiento animal. Es posible que estas anomalías hubiesen empezado antes, pero no se dio cuenta hasta el día en que la perra de la fábrica de hielo empezó a construirse una casita en su jardín. Aquella chucha se las había ingeniado de alguna manera para arrastrar viejos asientos de coches abandonados y varios sacos de cemento, introducirlos a través de la verja de su casa y hacerse un nidito —muy poco acogedor, dicho sea de paso— en el que pasaba las horas sentada como si fuese a poner un huevo. Una semana después, los ratoncillos que habitaban la parte trasera del complejo donde vivía formaron una suerte de banda callejera y empezaron a aterrorizar al gato del vecino. Y esta mañana, mientras Siri salía de su casa de Vientián para

tomar un avión al norte del país, miró hacia atrás y vio una gallina en el tejado. Al no haber ninguna escalera supuso que había subido volando. Y ahora la lagartija. Incluso tratándose de simples coincidencias, todo era muy, pero que muy raro.

Desde que Siri descubrió su ascendencia chamánica habían ocurrido muchas cosas extrañas en su vida. Se contó los dientes deslizando la uña del dedo meñique por el interior de la boca. Era un hábito que había adquirido unos meses antes, cuando se enteró de que era distinto del resto. Tenía treinta y tres piezas dentales, ni una más ni una menos. El mismo número que el viejo príncipe Phetsarat, el mago. El mismo número que algunos de los chamanes más respetados de la región. El mismo número que el mismísimo Buda. En efecto, Siri se codeaba con las más sagradas eminencias, pero si bien poseía el número correcto de dientes, aún no había aprendido a controlar sus habilidades.

Hacía poco más de un año, Siri se había enterado de que albergaba el espíritu de un antiguo chamán *hmong*: un tal Yeh Ming. Hasta entonces siempre había creído que los sueños que a menudo tenía con almas difuntas eran consecuencia de alguna enfermedad mental. No se había molestado en interpretar los mensajes que le dejaban los espíritus, ni se había dado cuenta de que eran pistas relacionadas con sus muertes. Pero todo eso había cambiado el año anterior. Yeh Ming se había vuelto más activo, como si se hubiese despertado de un largo letargo, llamando de este modo la atención de los espíritus malévolos del bosque. Estos perversos espíritus, conocidos bajo el nombre de Paebob, querían dar caza al chamán y, puesto que Siri era su anfitrión, el forense se halló sin comerlo ni beberlo en primerísima línea de fuego. Todos esos sucesos sobrenaturales salpicaban a día de hoy la vida de Siri.

El anciano cirujano no se escandalizaba por casi nada a estas alturas; no obstante, los misteriosos sucesos que ocurrían a su alrededor nunca dejaban de sorprenderlo. Su propia existencia le parecía cada día más fascinante. Mientras otros hombres de su edad habían comenzado ya la cuenta atrás hacia el crepúsculo de sus vidas, Siri había renacido y se hallaba en una fase vital donde la realidad se mezclaba a menudo con la fantasía, convirtiendo cada día en una increíble aventura. Se sentía más vivo que nunca. Si se trataba de

algún tipo de locura senil, él, en el fondo, la estaba disfrutando y no tenía el menor interés por recuperarse.

Siri había cumplido setenta y tres años en mayo y seguía tan robusto como un jabalí salvaje. Los pulmones le fallaban de vez en cuando, pero los músculos y la mente le funcionaban igual de bien que a los treinta. Su cabeza presumía de tener una tupida cabellera blanca y su simpático rostro seguía arrancando coquetas sonrisas a mujeres a las que doblaba la edad. Todos sus amigos sabían que al doctor Siri Paiboun le quedaba cuerda para rato.

El forense se encontraba ahora en la Casa de Huéspedes n.º 1 del Partido, en el frío noreste de la República Democrática Popular Lao. Corría el año 1977. «Casa de huéspedes» no era precisamente el nombre más adecuado para el edificio de dos plantas que un hatajo de *rectangulistas* vietnamitas había diseñado varios años atrás. De casa tenía poco y sus ocupantes tampoco eran huéspedes precisamente. En su mayoría eran personas que habían cometido algún pecado ideológico contra las directrices del Partido. Jefes de aldea, funcionarios del Gobierno y oficiales del Ejército del antiguo régimen monárquico... A todos se les hacía creer que habían venido de vacaciones a las montañas de la provincia de Houaphan. Con la excusa de visitar el cuartel general revolucionario, eran trasladados a los campos de trabajo de los alrededores de Sop Hao, en la frontera vietnamita. A pesar de las deficientes instalaciones, la casa de huéspedes era lo mejor que les iba a deparar la vida en bastante tiempo.

Esa misma tarde, Siri y la enfermera Dtui habían estado tomando café con un grupo de hombres del sur que hasta no hacía tanto habían ocupado altos cargos en el cuerpo real de Policía. Creían que estaban en un seminario y que pronto regresarían a Vientián con una renovada visión del sistema marxista-leninista. Allí, en el porche de la planta baja, sentados en incómodas sillas de vinilo rojo, se respiraba un ambiente alegre y distendido. Los hombres habían pasado su primera tarde realizando actividades para conocerse mejor entre ellos y aún llevaban etiquetas identificativas de papel grapadas en los bolsillos de sus camisas. El nombre de cada uno iba seguido de la palabra «agente» y de un número. Se sentaron en las sillas —que estaban dispuestas en círculo— en estricto orden numérico, como si les hubiese dado apuro romper filas.

Siri los oyó hablar de la suerte que habían tenido de poder conocer esta apartada región de Laos, tan remota que tenían la sensación de encontrarse en un país extranjero. Hablaban de los lugareños como un turista hablaría de los africanos o de los peculiares europeos. No sabían que su breve excursión se prolongaría meses y, en algunos casos, años. Poco sabían de su inminente traslado en camión a ochenta kilómetros de aquí. Tampoco que esta casa de huéspedes, en comparación con el sitio al que iban, podía considerarse un hotel de lujo. En el nuevo destino serían asignados a grupos de trabajo y tendrían que reparar carreteras, reconstruir puentes bombardeados y ayudar a los campesinos a labrar una tierra llena de trampas y municiones sin detonar. Por la noche, bajo la luz amarilla de lámparas de cera de abeja, tendrían que formar grupos de estudio y memorizar las fechas de las batallas más famosas, el número de bajas y los nombres de los grandes líderes de la revolución. En esto consistía —y a menudo en cosas peores— la reeducación laosiana.

Con el tiempo, bien por elección personal, bien por desesperación, terminarían jurando devoción eterna a la causa. Algún día podrían volver a su hogar si resultaban convincentes. Si no, invitaban a sus familias a viajar al norte y reunirse con ellos. Solo las mujeres que amaban de verdad a sus maridos y estaban dispuestas a renunciar a los lujos de la vida en la ciudad aceptaban tal oferta. La mayoría decidía cruzar el Mekong y probar suerte en el lado tailandés.

Pero estos alegres hombres congregados en el porche de la casa de huéspedes no se imaginaban nada de esto. Seguían viendo el viaje como un simple proceso de conversión, como cambiar de gasolina a diésel. Suponían que aprenderían algunas nociones básicas sobre el sistema comunista, que harían una visita guiada a las cuevas y que se volverían a casa con fotos nuevas para el álbum de recuerdos. Eso es lo que le habían contado a Siri y a Dtui.

—¿Y qué hace una chica tan guapa como tú tan lejos de casa? —le preguntó el Agente 3 a la joven enfermera.

Era un hombre corpulento y pelirrojo cuya única experiencia hablando con mujeres había tenido lugar en oscuros clubs nocturnos de baja estofa. Llevaba mirándole el pecho desde que llegaron.

—Estoy con mi jefe —respondió Dtui señalando con la cabeza a Siri.

—A darle al ñaca ñaca el fin de semana, ¿no? —intervino el Agente 4 dándole un codazo en las costillas a su vecino.

Dtui y Siri se sonrojaron provocando que los hombres empezasen a gritar como simios.

—Eso estaría bien —respondió Dtui con la típica sonrisa-apósito laosiana especial para un sinfín de cortes y magulladuras emocionales—. Pero me temo que hemos venido por trabajo.

—Trabajo, ¿eh? Eso es lo que siempre decía yo a mi parienta cada vez que tenía permiso algún fin de semana —confesó orgulloso el Agente 1—. Y dime, ¿qué trabajitos sabes hacer?

Dtui frunció el ceño, pero no le soltó ninguna fresca. A Siri le impresionó el aplomo de la enfermera.

—Soy enfermera. Mi jefe es cirujano.

Decidió que no ganaría nada contándoles que trabajaba en la morgue y que Siri estaba formándola para ser forense.

—Así que estáis aquí jugando a médicos y enfermeras —adujo el Agente 2 provocando risas aún más exageradas de sus compañeros.

Aquellos hombres se estaban excediendo, estaban yendo demasiado lejos en sus comentarios y Siri sabía por qué. Tenían miedo. A pesar de sus bravatas y desmesuradas expectativas, estaban en territorio enemigo y la única arma con la que contaban era esa artificiosa camaradería.

A Siri le preocupaban sus esposas e hijos. Se preguntó cómo sobrevivirían mientras el cabeza y sostén de la familia se dedicaba a picar piedra en mitad de la carretera.

—¿Se ocupa el Departamento de Justicia de sus familiares mientras están aquí? —les preguntó.

Al Agente 2 le pareció una pregunta muy graciosa.

—No nos han pagado ni un kip de latón desde que tomaron el poder.

No había monedas en Laos, así que un kip de latón valía aún menos que uno de papel. Este, a su vez, valía seis céntimos de dólar. Cuando había dinero disponible, un policía recibía siete mil kips al mes más una pequeña ración de arroz bajo el nuevo sistema.

—Entonces, ¿cómo viven?

—Tenemos recursos. Algunos conseguimos ahorrar un poco de dinero durante el antiguo régimen y lo enviamos fuera del país. Se veía venir, sabíamos que los rojos llegarían y lo joderían todo.

—A ver, caballeros, no quiero que nadie sufra un ataque de pánico por mi culpa, pero yo soy uno de esos rojos repugnantes que les ha agitado la fiesta —anunció Siri.

El Agente 2 se sonrojó.

—¿En serio? Disculpe. No parecía... Entonces, ¿qué hace aquí? Quiero decir...

Para deshacer el entuerto y salir del paso, el Agente 1 se apresuró a preguntar a Dtui dónde trabajaban habitualmente ella y el médico.

—En el hospital Mahosot.

—Entonces también están muy lejos de casa.

—Cierto —confirmó Dtui—. Hace veinte años que no salgo de Vientián. Esto es tan exótico. —Miró de reojo a Siri—. Estoy deseando ver mi primer *pog*.

—¿Su primer qué?

—*Pog*. Mi madre me hablaba de ellos cuando era pequeña.

Siri miró hacia otro lado para que los policías no se percataran de su sonrisa.

—Jamás había oído hablar de ellos —confesó el agente—. ¿Qué son?

—¿En serio? ¿No sabe lo que es un *pog*? Admito que son raros, pero aquí en el noreste los animales siempre están sueltos. Las gallinas, los perros, las cabras, los cerdos, todos van por ahí juntos y, siendo como son, les da por experimentar bastante, ya me entiende.

Siri ya no era capaz de controlar sus facciones. Se puso en pie y se acercó a los escalones de la entrada para contemplar el nebuloso reflejo de la luna llena sobre la superficie del estanque. Se trataba de un hermoso marco para un tinglado político tan poco honesto como aquel. Se rio por lo bajo, pero lo camufló fingiendo que tosía. Dtui prosiguió con toda la convicción que pudo:

—Y aquí en Houaphan, probablemente debido a la altitud o, según dicen algunos, al azufre del agua, la unión de un perro macho en celo y una cerda en ocasiones da como resultado...

—No está hablando en serio.

—Lo juro por la vida de mi hermano. Los he visto en fotos. Tienen cara de cerdo, patas y cola de perro. No puedo creer que no haya oído hablar de ellos.

—Sí, sí, yo he oído hablar de ellos —confirmó el Agente 4.

—No es verdad —replicó el Agente 2.

—Ahora que lo dice, puede que haya visto uno en una granja a las afueras de Tha Reua. Pero no sabía lo que era. Tenía un aspecto extraño —recordó el Agente 1.

—Así es —constató Dtui— y aquí en el norte están por todas partes. Si ven alguno, ¿les importaría cogerlo? Me encantaría llevar uno a mi madre.

—Sin problema —se ofreció el Agente 4—. Imagino que serán fáciles de atrapar.

—Bueno, me temo que tenemos que madrugar —dijo el Agente 2, que estaba seguro de que le estaban tomando el pelo. Se puso en pie y estiró todo el cuerpo; parecía que le dolía todo, como si acabase de correr una maratón. Los demás se levantaron también—. A las seis de la mañana tenemos que estar labrando.

Seguía sonando como un turista ávido de aventuras. Siri volvió al grupo.

—Tengan mucho cuidado por donde pisan. Hay bombas sin detonar por toda la zona.

El agente se rio entre dientes.

—Dudo mucho de que nos envíen a un campo de minas, doctor.

—Tengan cuidado. No quiero pasarme mañana el día entero cosiendo piernas de policías insensatos.

Aunque no dijo nada más, a Siri le costó pensar en técnicas de retirada de minas más efectivas que una cuadrilla de policías monárquicos y corruptos pertrechados de palas.

—Que duerman bien —se despidió el Agente 1 guiñando un ojo.

Los demás se rieron y se marcharon a sus dormitorios dejando a Siri y Dtui a solas en el porche. Dtui les sacó la lengua cuando desaparecieron de su vista.

—Asquerosos —farfulló.

—Víctimas de la cultura del dinero —explicó Siri—. Ya cambiarán. Cuando despojas a un hombre de todas las comodidades

superfluas, no le queda otra que enfrentarse a su verdadero yo. Al encontrarse de repente sin nada, la perspectiva cambia. Si sobreviven al frío, al hambre y a las enfermedades, serán más auténticos y humildes de lo que son ahora.

—Ay, usted sería capaz de encontrar primulas en una montaña de estiércol, doctor Siri. Seguro que sí. Pero dudo mucho que cambien.

—Tenga un poco de fe, Dtui.

—No sé, la cabra siempre tira al monte...

Siri levantó sus pobladas cejas.

—¿Y qué me dice del *pog*? ¿También tira al monte?

Una vez sofocadas las carcajadas, se sentaron a contemplar los peñascos que se entreveraban con el cielo nocturno.

—¿Cree que nos dará tiempo a hacer algo de turismo? —preguntó Dtui.

—¿Quién sabe? Ni siquiera sabemos por qué estamos aquí. Lo mismo nos tienen dando bandazos por todo el noreste. ¿Por qué? ¿Dónde le gustaría ir?

—Mi madre dice que hay un templo cerca de Xieng Khaw con una reliquia de Buda. —Siri esbozó una sonrisa irónica—. ¿Qué?

—¿De qué reliquia estamos hablando exactamente, enfermera Dtui? ¿De un diente? ¿De un dedo cortado? ¿De un ojo?

—Es usted un viejo cínico —resopló Dtui—. No se lo pienso decir.

—El cinismo no tiene nada que ver con esto, querida. Es una simple cuestión matemática y fisiológica. Basta con contar los templos asiáticos que afirman tener un trozo real de Buda o alguna huella suya. Si todos dijieran la verdad, su santidad habría sido en efecto un espectáculo digno de ver. Tendría pies de elefante, los dientes de su boca se contarían por miles y habría mudado las uñas a una velocidad que habría quitado el hipo a cualquiera. Da repelús solo pensarlo. No me extraña que la gente lo siguiera.

Dtui se movió hacia el extremo opuesto de la mesa.

—¿Adónde va? —preguntó Siri.

—A ninguna parte. Es solo que no quiero estar sentada a su lado cuando le caiga el rayo.

Siri se rio.

—Es evidente que no ha prestado atención durante las sesiones de información política, camarada. A menos que el politburó cuente como un dios, en la actualidad no queda ninguno. Incluso si un dios de verdad fuera capaz de colarse bajo la alambreada del Partido, sería uno muy terrenal. El fuego y el azufre han caído en decomiso.

—¿Cómo que no existe Dios? Me juego lo que quiera a que su querido Karl Marx no creó el paisaje que tenemos delante.

—Hereje.

—Esto es precioso, doctor.

—En efecto, lo es, sobre todo si se tiene tiempo para disfrutarlo.

—¿Se refiere a cuando no hay que estar pendiente de esquivar bombas?

—Eso es todo lo que hice durante diez años. Eso y recomponer a gente que no había tenido tanta suerte.

—¿Cuándo cree que nos dirán por qué estamos aquí?

Como de costumbre, los habían avisado con el tiempo justo para pertrecharse del material necesario e ir corriendo al aeropuerto de Wattay. El juez Haeng no les había contado nada de la misión, solo el nombre de la persona que se pondría en contacto con ellos al día siguiente.

—El camarada Lit debería estar aquí mañana a las nueve.

—¿Quién era ese?

—El comandante regional de la División de Seguridad.

—Ah, ya. ¿Lo conoció cuando estuvo aquí?

—El nombre no me suena. Pero cuando todos los camaradas más veteranos y los oficiales superiores del Ejército se trasladaron a Vientián, muchos jóvenes ascendieron a un ritmo vertiginoso. Los ascendían a edades tan tempranas que, por lo visto, el intendente regional aún llevaba pañales cuando ocupó su puesto. Tuvieron que confiscarle el sonajero para que trabajara un poco. —Dtui soltó una risita—. No sé. Puede que haya visto por ahí a ese tal Lit.

—¿Sabe que ha traído a su adorable y atractiva asistente?

—Seguro que estará encantado de conocerla. No es para menos.

De nuevo, la calma del entorno los indujo a un apacible silencio. Un pescador poco experimentado lanzó su red en forma de seta a las negras aguas del estanque. Las ardillas gorjearon como gorriones

con la garganta irritada. Dtui miró hacia la escalera que había detrás de Siri.

—Doctor.

—¿Sí?

—Al final de la escalera...

—No lo sé.

—¿Cómo sabe lo que le voy a preguntar?

—Va a preguntarme por qué hay un tabique y un guardia armado custodiándolo.

—¡Pero bueno! ¿Le han dicho los espíritus lo que estaba pensando?

—No ha hecho falta. Yo solito le he leído la mente. Tiene una curiosidad insaciable, así que era cuestión de tiempo que preguntara. También la he oído coqueteando con el guardia.

—No era muy sociable.

—¿Quiere decir que no ha querido decirle qué hay detrás del tabique?

—Ni media palabra. Odio los misterios.

—Lo resolveremos antes de irnos, descuide.

Pero ahora, en su mullida litera de ceiba, observando somnoliento cómo las polillas daban vueltas a la bombilla en el sentido de las agujas del reloj, Siri se acordó del misterio que se ocultaba tras aquel tabique de madera contrachapada. El acceso a una pequeña ala superior del edificio estaba bloqueado. Calculaba que arriba debía de haber tres o cuatro habitaciones y se preguntó qué tendrían de especial. Se pasó la mano por la tupida cabellera blanca y suspiró. Eran las once de la noche pasadas y temía no poder conciliar el sueño. Tenía demasiadas cosas en la cabeza, suficientes para mantenerlo despierto toda la noche. Echó mano del antiguo amuleto blanco que le colgaba del cuello mediante una trenza de pelo blanco de mujer; al rozarlo con los dedos una oleada de energía le recorrió todo el cuerpo. De repente podía oírlos con más claridad charlando a lo lejos. Desde hacía unos meses, las sensaciones y corazonadas del doctor Siri habían empezado a tomar formas tangibles. Los espíritus que antes solo veía en sueños se habían vuelto más audaces. Algunos hasta se aparecían

a plena luz del día, a menudo en los momentos más inoportunos. Antes de que el viejo helicóptero ruso Mi-14 aterrizase aquella tarde, Siri ya había sentido las almas de los miles de muertos durante la guerra. Pasaron a través de él como los visitantes de un palacio histórico, decidiendo si era un chamán de fiar o no.

Se oían sus voces por toda la casa: gritos de madres llamando a sus hijos desde los campos abiertos, llantos de ancianas lamentándose por los maridos que habían dejado atrás, risas de bebés demasiado inocentes para darse cuenta de que llevaban muertos muchos años. ¿Cómo iba a dormir Siri con semejante orfeón? Y por si fuese poco, a medianoche empezó a tronar una horrible música disco que acabó dando al traste con cualquier esperanza de dormir algo. Se preguntó qué clase de gente se pondría a bailar en mitad de la noche, cómo le podía gustar a alguien esa basura occidental tan estridente. Tal vez se tratase de una técnica de tortura del Partido para castigar a los policías de Vientián. Le resultaba complicado imaginar nada más cruel.